

LA SILUETA NEGRA



Alejandro Ramos

Algo lo despertó. No era una coincidencia, de eso estaba seguro. Algo que lo acechaba. Aún no sabía qué era, pero aquello lo observaba. Para su corta edad, entendía fuertes verdades del mundo. El pequeño Moisés era más maduro de lo que sus escasos diez años sugerirían. Y ahí estaba, en la profunda penumbra de su habitación, donde eso aguardaba. Y lo había despertado para que se percatase de ello.

Se hallaba entre el sueño y la vigilia. Despertando. Es asombroso cómo la mente es tan rápida al despertarse. Cómo esta saca conclusiones tan ágilmente. Lógicas o no. La mente llega a ellas antes de recobrar totalmente la consciencia.

Y allí se hallaba aquello que lo despertó.

La habitación de Moisés, era grande para la edad de su inquilino. Grande para el espacio que podría necesitar un niño que pasaba la mayoría del tiempo fuera. Sólo estaba ahí cuando dormía y poco más. Su familia podía darse el lujo de tal espacio, y para un hijo único, esto era más que suficiente. En el centro de la habitación, unida perpendicularmente a la pared, se encontraba su cama. A cada lado de esta, se hallaba su respectiva cajonera de madera color negro brillante de unos cincuenta centímetros de alto cada una. Ambas idénticas. Sobre cada una destacaban los objetos y decoraciones que uno esperaría encontrar en tal lugar. Las paredes, blancas y lisas, se hallaban decoradas con calcomanías –también llamadas tatuajes de pared– y posters de todo tipo. Era un lugar muy bien decorado al gusto de un chico fanático de las carreras de *Fórmula Uno* y *Guerra de las Galaxias*.

Lo muebles de madera del resto de la habitación, eran de un color idéntico al del par de cajoneras –con excepción del clóset para la ropa, que era de un café natural–. Pero, todo esto importaba poco para él. Lo que destacó en aquel momento, fue el pequeño

baúl-silla acolchonado que se encontraba al pie de la cama, frente a ella. En él, su madre guardaba ropa vieja, sábanas, cortinas y más cosas de poco interés para un infante. Recostado sobre su cama, no podía ver dicho baúl a pesar de estar frente a él, pues este era más chaparro que la cama. Sin embargo, no fue aquello lo que vio. Lo que vio, era aquello que estaba sentado sobre él. Mirándolo.

Incluso en la penumbra, era claro para él. Aun cuando sólo veía una silueta negra, su imaginación se adelantó —de nuevo— a la ilusión. Lo veía, y *eso* a él. Era grande, y monstruoso. Ante la tenue luz que entraba por la cortina cerrada de la ventana —que cubría una gran parte de la pared de su lado derecho—, sólo la blancura de la pared era evidente. Todo lo demás —incluyéndolo a *eso*— lucía sólo como manchas negras a la vista.

Aquello era un perro. Quizá un Dóberman. No, era un rottweiler, a juzgar por su tamaño y complexión. Incluso, era más corpulento que uno ordinario. Pero sí, *eso* era. Era la silueta oscura de un rottweiler como el de su amigo y vecino, Jaime. Estaba sentado sobre sus patas traseras y aunque su rostro no era perceptible, él lo imaginaba. Ostentaba un gran hocico chorreante que mostraba sus colmillos con una mueca amenazadora. Estaba montando guardia. Vigilaba la puerta que se hallaba a su espalda. Puerta de la que sobresalía una franja vertical clara y azul de luz exterior. Tan tenue y apacible como la luz de luna que entraba por su ventana. La puerta estaba emparejada con su marco, mas no completamente cerrada, y el perro que lo veía de frente le atisbaba celosamente.

Imaginó su par de ojos diabólicos; tan oscuros como su pelaje, ambos como un par de canicas brillantes. Le heló la sangre y le produjo la sensación de que su propio estómago disparaba un constante flujo de consternación directo a su garganta, algo que lo obligaba a tragar saliva ansiosamente.

Era un chico inteligente y mientras más despertaba de su letargo, más ilógico resultaba que la amarga silueta fuera de un perro real. Aun cuando veía claramente sus facciones, podría ser sólo su imaginación. Aquello podría ser sólo un promontorio de ropa sucia, o quizá sólo juguetes posados sobre una pila de libros de texto y cuadernos de la escuela. No recordaba dónde había puesto todo aquello durante el día. Tampoco había prestado atención a aquel baúl antes de ir a dormir. Nada de eso está dentro del interés de un niño. Y eso era lo peor. No podía estar seguro de qué es lo que formaba aquella espeluznante silueta que no debía ser de un perro.

Se le ocurrió encender la lámpara situada sobre el mueble, a su lado izquierdo, pero desechó la idea. En el fondo, no quería saber qué es lo que miraba frente a él. La silueta negra que en algunos momentos parecía balancearse y en otros, acercar el hocico en señal de investigación.

Aquella masa oscura que lo vigilaba comenzaba a difuminarse. Quizá porque era sólo parte de su imaginación. No. No era eso, era él quien se desvanecía. Se rendía ante la vigilia. Tan pronto como había despertado, cayó en sueño rápidamente.

Soñó horriblemente.

Se vio a sí mismo en el parque Juárez —el más cercano a su localidad— caminando —con la clásica dificultad de un sueño— sobre la acera contigua al área verde del parque. A lo lejos veía un quiosco que no recordaba haber visto nunca en ese parque. Algo en aquel quiosco hexagonal, tan bello y colonial, con sus decorados de aluminio blanco haciendo de barandilla, sus pilares de cantera, su gorro color salmón que apuntaba al cielo con una punta afilada de aluminio y su escalinata pulcra, le producía una sensación de peligro. En los sueños, a menudo suceden cosas variablemente extrañas y la

única constante en estos, es que no se necesita una guía de instrucciones para entender sus perversiones a la realidad. Cuando uno está dentro de un sueño, entiende perfectamente todo, por muy extraño que sea. Se entiende qué sucede. Se entiende cómo funciona. Del modo que Moisés entendía que de ahí dentro, escaparía algo muy malo.

Se acercó a los columpios de metal. Pintados como siempre de tantos colores diferentes. Con marcas brillantes y grisáceas, estos desvelaban en dónde se les había caído la pintura. Se sentó en uno de ellos, pendiente de aquel siniestro quiosco.

Más temprano que tarde, y apenas con una pequeña distracción, miró emerger del interior de aquel quiosco colonial, la figura de su amigo Jaime. Este tomaba de una cadena con collar de púas a su perro *Chewbacca* —bautizado en honor al personaje mítico de aquellas películas de las que ambos eran fanáticos—. Sin embargo, la silueta no era de Jaime, y aquella otra de cuatro patas, no era de *Chewbacca*. Conforme las figuras se acercaban a los columpios, Moisés caía más en cuenta de la realidad: el niño que sostenía la cadena era *algo* parecido a su amigo Jaime. Aquel rostro estaba deformado de una forma maldita. En él se veían varias cicatrices al rojo vivo, distribuidas en forma de rayos por toda su superficie, que palpitaban al ritmo de un cántico enfermo. Aquellas marcas rompían el rostro que en algún momento habría sido de Jaime, de una forma tan grotesca que se le antojaba similar a un bulto de plastilina mal moldeado. Su mirada era fría, distante y sombría, como la de alguien que ha asomado la cabeza en algún recoveco del infierno. Era tan grotesco ver la sangre coagulada al margen de cada cicatriz, que sintió subir un escalofrío por sus vértebras, acompañado de unas inmensas ganas de vomitar.

Aquello lo habían hecho unos dientes. No cualquier tipo de dientes. Colmillos y garras tan poderosos como los que mostraba agresivamente el diabólico rottweiler al extremo de la cadena que sostenía el vestigio de niño.

Aquello no parecía realmente un perro. Era un engendro. Un engendro de otro mundo. El engendro de la imaginación del ser más cruel. Engendro de todo lo malo que se puede materializar. Un engendro que lo miraba con un par de ojos amarillentos inyectados de odio. Aquel animal, lleno de llagas y cicatrices de todas formas, colores y tamaños, portador de un olor a carne podrida y caliente, que gruñía con rabia, se abalanzó sobre él, cerrando el primer ciclo de su pesadilla. Dejando un frío y oscuro silencio, segundos después de haber sentido la dolorosa descarga de violencia directa sobre rostro.

En el siguiente ciclo de su sueño, lo primero que vio fue un niño que le resultó escabrosamente conocido. Este vestía unos shorts de mezclilla y una playera roja con un cohete despegando estampado. Aquel niño tenía cara de incredulidad. Lo miraba sentado desde un columpio. *Algo* lo obligó a acercarse al niño. Algo que lo tiraba de su mano izquierda y lo hacía bajar por la escalinata de un quiosco, desde una correa. Aquella fuerza que lo tiraba, expedía un aura maligna. Lo sentía. Sentía también que su propio cuerpo ardía. Sobre todo su rostro. ¡Cómo ardía! Su rostro parecía un carnaval de sensaciones, entre las que desfilaban *ardor, pudrición, comezón, punza y corta*, que proclamaban con vehemencia: “*ESTO LE PASA A LOS NIÑOS GRITONES*”.

Al aminorar la distancia entre su destruido cuerpo y el del misterioso niño, se percató del misterio. Era su amigo de toda la vida, Moisés, que lo veía horrorizado sentado desde aquel columpio. Temblando y sollozando. Sentía la necesidad de advertirle a Moisés

que algo malo estaba sucediendo, el dolor en todo su cuerpo así lo decía, pero fue incapaz, pues en aquel mundo, él no tenía el control. Ese íntimo dolor que sentía, lo compartiría muy pronto con su gran amigo cuando la fuerza que lo tiraba desde el brazo se abalanzara sobre él.

La epifanía llegó. Moisés gritaba horrorizado mientras su sangre escurría por los ojos que habían sido perforados por los colmillos de la bestia. El devorador. Una plaga del infierno que se había colado a nuestro mundo para alimentarse de carne. Una bestia que volvía a probar el sufrimiento.

El tercer ciclo de la pesadilla, lejos de ser doloroso, fue fascinante y excitante. Sentía en carne propia el hambre que sólo puede sentirse al no comer nada durante eones. Hambre de carne. Carne que no había sido depravada ni probada antes. Carne virgen. La carne más dulce y tierna. La de un niño. Un niño que espera horrorizado desde un columpio. Un niño al que se acercaba poco a poco con deseo. Un niño que sabía lo que sucedería, y que a su vez, sabía que era imposible de detener. La fantasía de los sueños es incuestionable e incuestionada. Un niño con olor a sangre. Sangre en movimiento. Un niño que pronto sería su segundo plato fuerte. Un niño que, igual que el que lo halaba con la cadena, sería torturado antes de ser consumido. Él era el siguiente. Dos presas que pronto serían digeridas por la voracidad de la plaga de otro mundo. Dos presas que serían excretadas en un plano diferente al que habían nacido y existido. Le producía un placer increíble. Y lo disfrutaría. Disfrutaría de cada bocado, de cada lágrima, de cada hueso, antes y durante su cena. Aquel placer tan grande sólo lo disfrutaría un demonio.

Despertó. Se hallaba de nuevo sobre la cama. Sobre la penumbra. Pero ahora estaba tan avisado como estaría cualquier portero en medio de un partido de fútbol. Aquella pesadilla le confirió una

dosis potente de adrenalina. Y allí estaba aquel ser, esperando a devorar cada gota de esta. Montando guardia sobre la pieza de madera acolchada en la que su madre guardaba cosas de poco interés. Pero ahora era todo más claro. Aquella repulsiva imagen canina de ensueño se materializó sobre lo que antes fue una silueta negra. Era un monstruo. Aquel par de luces amarillas que había visto antes, brillaban ahora con lujuria a unos centímetros sobre el perverso hocico babeante.

El miedo que experimentó, pasó de ser una simple ráfaga del estómago a la garganta, a ser un choque eléctrico que corría por cada fibra de su ser, y que le hacía temblar como si el clima cálido de Abril no estuviese presente. No sólo era eso. Aquel terrible cosquilleo incesante se concentró en una zona de su cuerpo: la vejiga.

Tenía ganas de orinar.

Aquella bestia lo sabía y lo disfrutaba. Vaya si lo disfrutaba. Lo podía oler tanto como los perros huelen el miedo. Pero aquello no era un perro, y lo que olía se quedaba corto a la palabra *miedo*.

Comenzó a llorar incontrolablemente. Era difícil mantener el llanto en silencio. Lo que menos quería era llamar la atención de sus padres, quienes dormían en una habitación, no muy lejos a la suya. No quería meterlos en todo esto. No quería acercarlos a aquella entidad hambrienta. No a ellos. Además, algo en la mirada sardónica que alardeaba con colmillos, le decía: *“ESTO LE PASA A LOS NIÑOS GRITONES”*.

La bestia reía —o al menos producía algo medianamente parecido a la risa— Lo escuchaba todo dentro de su cabeza. De hecho, más que escucharlo, lo sentía. Le producía una náusea increíble, pues la bestia que le hostigaba mentalmente tenía todo bajo con-

trol. No lo comería. Al menos no todavía. Él lo sabía. Y eso no cambiaba nada. Era la presa que espera a ser devorada, en las fauces de su depredador. No era su momento. Pero ya llegaría. La bestia esperaría. No lo dejaría salir de ahí, eso estaba claro. Resguardaba la puerta con recelo, del mismo modo que lo haría en el mundo que lo parió. Aquel era su deber. Y su momento de comer llegaría.

Aquella silueta ya no era un rottweiler, era más grande, más amenazadora, y más intransigente. Parecía a un perro, pero estaba lejos de serlo.

Sintió alrededor de sus muslos el líquido caliente que tanto deseaba salir. La humedad que se escurría por sus piernas y encharcaba el edredón era tan desagradable que parecía esparcirse en tono de burla, intentando cubrir el mayor terreno posible. Era demasiada orina.

Necesitó cubrir su boca para ahogar el llanto y los gritos que creyó que estaban a punto de dispararse de su boca. Su rostro estaba casi tan húmedo como sus pantalones. Lloraba con tanta injuria que el placer de aquella bestia se intensificó de sobremanera. Lloró hasta quedarse dormido, sobre su propio húmedo y apestoso charco de miseria e impotencia amarilla.

A la mañana siguiente, le inundó una profunda sensación de certidumbre mezclada con terror, que experimentó al ver que sobre el baúl al pie de la cama no había nada más que un par de huellas caninas, y al notar que las sirenas de ambulancia que lo habían despertado de golpe, provenían de la casa vecina de su amigo Jaime.